

ces, ¿por qué no me dejan en paz?" Mas el público, que no se ablanda tan fácilmente, se desata en imprecaciones contra la sensible bestia, contra el empresario y contra los toreros. Y algun aficionado del toril da la voz de: "¡Banderillas de fuego!" y los espectadores de sol responden á la consigna, y luego los de sombra, y las damas de los palcos, y toda la plaza en peso, y ya no se oye otra voz que: "¡Fuego! ¡Fuego!" Aquel grito vá dirigido al alcalde, que es quien manda y dispone. Las banderillas de fuego sirven para enfurecer al toro; son banderillas con un cohete que estalla cuando la punta del dardo penetra en las carnes del toro y quema la herida, causando un dolor atroz que enardece é irrita al animal, haciendo que de cobarde se vuelva temerario y de tranquilo furioso. Como dije, es necesario el permiso del alcalde para clavar las banderillas de fuego; si el presidente niega el permiso, todos los espectadores se levantan y entonces la plaza ofrece un golpe de vista curioso. Vense diez mil pañuelos que se agitan, como las banderolas de diez regimientos de lanceros, y desde los palcos hasta la arena se forma una línea blanca que ondula. Y resuenan con mayor fuerza que antes las voces de: "¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!" Entonces cede el alcalde; pero si se obstina, desaparecen los pañuelos y se levantan los puños y los bastones, desatándose el público en injurias. ¡No sea usted necio! ¡No se burle usted del mundo! ¡Banderillas al alcalde! ¡Fuego al presidente!

La agonía del toro es horrible, porque á veces el torero no sabe ó no puede precisar el golpe y la es-

pada penetra hasta la empuñadura, pero desviándose del camino que debía seguir para llegar al corazón. Y entónces el toro corre por la plaza con la espada metida en el cuerpo, regando el suelo con su sangre, lanzando espantosos mugidos, saltando y dando mil vueltas, desconcertado, por verse libre de aquel martirio. En aquella carrera impetuosa la espada se desprende de la herida alguna vez; pero en otras penetra más en ella, causando la muerte de la fiera. Con frecuencia el *matador* ha de dar una segunda estocada, á veces una tercera, y una cuarta. El toro pierde un torrente de sangre, manchando las capas de los toreros; y de sangre se llena el espada y se baña la barrera, y la sangre corre por todos lados, y los espectadores, indignados, cubren de injurias al matador. Alguna vez el toro, gravemente herido, cae al suelo, pero no muere y allí se queda inmóvil, erguida la amenazadora cabeza, como si dijera: "¡Venid, asesinos, si os atreveis!" La lucha ha terminado entonces: un torero misterioso salta la barrera, se acerca con paso furtivo, se coloca detrás del toro, y aprovechando el momento oportuno, le clava un puñal en la cabeza que le penetra hasta el cerebro y el animal muere. El golpe no siempre es acertado; el hombre misterioso debe repetirlo dos, tres, hasta cuatro veces; pero si tal sucede, la indignacion del público estalla como una tempestad y le llaman ladrón, gandul, asesino, y le desean la muerte, y si lo tuvieran entre manos lo estrangularian como á un perro. A veces el toro, herido de muerte, vacila un instante antes de morir, y vacilando se aleja á paso lento del lugar donde ha

sido herido; para ir á morir en otro sitio apartado: los *toreros* le siguen paso tras paso, cual cortejo fúnebre, á cierta distancia. El público sigue con la mirada todos aquellos movimientos, cuenta sus pasos y mide el progreso de la agonía. Un profundo silencio acompaña sus últimos instantes y su muerte tiene algo de solemne y tétrico. Hay toros indómitos que no doblan la cabeza hasta el momento de dar el último suspiro; toros que, echando por la boca torrentes de sangre, amenazan todavía; toros que, heridos por diez estocadas y casi sin sangre en las venas, levantan aún el cuello con soberbio movimiento y hacen retroceder á sus perseguidores hasta el centro de la plaza; toros que, tienen una agonía más espantosa que su primer furor, que se ensañan con los caballos muertos, sacan astillas de la barrera, pisotean con ira las capas esparcidas por la arena, saltan al callejón y dan vueltas á la plaza con la cabeza enhiesta, desafiando con la mirada á los espectadores, cayendo, por último, para levantarse de nuevo y morir rugiendo.

La agonía de los caballos, ménos larga, es más dolorosa. Algunos salen de la brega con una pierna rota; á otros el toro les atraviesa el cuello de parte á parte; otros, heridos en el pecho, mueren instantáneamente sin perder una gota de sangre; otros, ciegos de espanto, echan á correr en línea recta, van á dar de cabeza contra la barrera y caen muertos; otros se agitan por largo espacio en un lago de sangre antes de morir; otros, heridos, desangrándose, perdiendo las entrañas, destrozados, galopan aún con desespera-

da furia, se lanzan contra el toro, caen, se levantan y luchan todavía, hasta que los sacan del circo desgarrados, pero vivos; y entonces les meten las tripas dentro, les cosen la herida y sirve la pobre bestia para otra vez. Otros, cobardes, cuando ven que el toro se dirigen á ellos, tiemblan de piés á cabeza, retroceden, se impacientan, relinchan, resistiéndose á la muerte: ¡y éstos son los que más lástima inspiran! A veces un solo toro mata cinco; á veces tambien en una sola corrida mueren más de veinte, y los picadores se cubren de sangre; el circo queda sembrado de entrañas humeantes, y los toros se fatigan de tanto matar.

Tambien los toreros tienen sus momentos fatales. Los picadores, á veces, en lugar de caer bajo el caballo, caen entre el caballo y el toro, y éste entonces se precipita sobre ellos para matarlos: el público lanza un grito; pero un capeador arriesgado cubre con la capa los ojos de la bestia feroz y con riesgo de su propia vida salva la de su compañero. Con frecuencia en vez de arremeter contra la muleta, más avisado el toro, arremete contra el espada, le busca, le embiste, le persigue, le obliga á tirar el arma y ponerse en salvo, saltando la barrera, pálido y tembloroso. Alguna vez le empuja con la cabeza y le tira al suelo; el espada desaparece entonces entre una nube de polvo y la muchedumbre exclama "¡Lo ha matado!" Pero el toro pasa; ¡el espada se ha salvado! A veces el bicho llega de improviso hasta él, lo levanta con la cabeza y lo tira por un lado. Y no es raro que el toro no deje que el hombre pueda precisar la estocada, el *matador*

nunca lo encuentra de frente, y como, según el reglamento, sólo puede herir en tal dirección y de tal manera, el torero se fatiga por mucho tiempo inutilmente, y al fatigarse se expone y corre cien veces el peligro de hacerse matar. Durante este tiempo el público alborota, silba, le insulta, hasta que el pobre hombre, desesperado, resuelve matar ó morir y dirige la estocada como puede. Entonces, ó sale con bien y es levantado hasta las nubes, ó le falta el golpe y se ve vilependiado, escarnecido y ha de sufrir que le tiren cáscaras de naranja, así sea el más intrépido, el más hábil, el más célebre torero de España.

En el público se suceden mil pequeños incidentes durante el espectáculo. De tiempo en tiempo ocurre una riña entre dos espectadores. Como la gente se halla muy apretada, los vecinos reciben algún garrotazo; estos á su vez levantan el bastón y descargan á palo de ciego; el círculo de los golpes se extiende y pronto la riña se hace general en todo un tendido. En pocos momentos los sombreros vuelan por el aire, las corbatas se rompen, manan sangre las narices y una confusa gritería ensordece el espacio. Toda la gente se levanta, los guardias se mueven y los toreros, de actores se convierten en espectadores. Otras veces es un grupo de jóvenes alegres que se vuelven todos á la vez, gritando. "¡Ya está ahí!..."—¿Quién?—Nadie; pero todos los vecinos se levantan, los que están más lejos se suben á los bancos, las damas se asoman á los palcos, y en un abrir y cerrar de ojos toda la plaza se halla en movimiento. Entonces los bromistas se ríen sonoramente; sus vecinos, por no pasar plaza de en-

gañados, les hacen eco, se ríe en los palcos, en los tendidos, en las gradas y diez mil personas ríen. Un extranjero, en otras ocasiones, que ve por vez primera una corrida de toros, se desmaya. La noticia corre de boca en boca con indecible celeridad, todo el mundo busca, todo el mundo grita y se produce una confusión de todos los diablos. O bien un gracioso saluda á un amigo sentado al otro lado del circo, con una bocina, lo que hace el efecto de un truco... La inmensa muchedumbre de la plaza experimenta en pocos instantes mil sentimientos contrarios; pasa, sin transición alguna, del terror al entusiasmo, del entusiasmo á la compasión, de la compasión á la cólera, de la cólera á la broma, al enojo, á una alegría desenfrenada.

En suma: es inexplicable la impresión que este espectáculo deja en el alma. Es una mezcla, una confusión de sentimientos de la cual es imposible sacar nada en limpio. Hay momentos en que, dominado por el terror, uno quisiera salir de la plaza, jurando no volver á ella en todos los días de su vida; pero los hay también en que, reanimado, maravillado, ébrio, uno quisiera que el espectáculo no terminara nunca. A lo mejor os parece que le va á uno á dar un vahido; pero de repente, tanto uno mismo como los vecinos, se ríe y se prorrumpe en gritos y aplausos. La sangre no circula por vuestras venas, pero os exalta el maravilloso valor del hombre; el peligro oprime el corazón, pero la victoria nos causa inmensa alegría, poco á poco esa fiebre que agita á la muchedumbre se apodera de nosotros, hasta el extremo

de desconocernos, porque se sienten accesos de r bia, de ferocidad de entusiasmo; y os sentís fuerte y audaz, y la lucha enardece vuestra sangre y el brillo de la espada causa temblor. Y despues, esos millares de caras, ese ruido, esa m sica, esa sangre, esos profundos silencios, esos tumultos súbitos; el espacio, la luz, los colores, ese no s  qué grandioso, fuerte, cruel, magnífico, enardece, aturde, trasforma y hace que la sangre se precipite por las venas...

Es hermoso ver salir   la gente: diez torrentes se precipitan por las diez puertas y llenan en algunos minutos el barrio de Salamanca, el Prado, el paseo de Recoletos, la calle de Alcalá. Millares de coches esperan en los alrededores del circo; durante una hora, por cualquier lado que uno se vuelva, no ve más que un hormiguero. Todo el mundo camina en silencio, porque todos est n impresionados; no se oye más que el ruido de las pisadas, como si la gente desapareciera furtivamente; una especie de tristeza ha venido á reemplazar la pasada alegría. De mí s  decir que la primera vez que sal  de aquella plaza, apenas tenía fuerza para caminar, la cabeza me daba vueltas como una devanadera, me zumbaban los oidos, y por todas partes veía cuernos, ojos inyectados en sangre, caballos muertos, espadas relucientes. Seguí el camino más corto para llegar á casa, y una vez en ella me ech  en la cama, quedándome profundamente dormido. Al día siguiente la dueña de la casa vino presurosa   preguntarme:

— Qu  tal?  Qu  le parecieron   Vd. los toros?  Se divirtió Vd. mucho?  Volver  Vd.   la plaza?

—No s —le contest ;—me parece que he soñado; más tarde le hablar    Vd. de eso, porque necesito pensarlo.

Llegó el sábado, víspera de la segunda corrida.

— Ir  Vd?—Me pregunt  la patrona.

—No—le respond , pensando en otra cosa.

Salí de casa y tom  la calle de Alcalá. Sin pensarlo me encontr  ante el despacho de billetes. Había all  mucha gente.

— Ir ...  S ...  No?...

— Quiere Vd. una entrada?—Me pregunt  un muchacho.—*Un asiento de sombra, tendido número seis, barrera, quince reales.*

Y le contest :

— Venga!

Mas para comprender el carácter de semejante espectáculo es necesario conocer su historia. No se sabe   punto fijo cuándo tuvo lugar el primer combate de toros. Cuenta la tradicion que fué el *Cid Campeador* el primero que descendió   la arena con la lanza y desde su caballo mat  la terrible bestia. Despues los jóvenes de la nobleza se entregaron con ardor á este ejercicio; en todas las fiestas solemnes había corridas de toros, y solo la nobleza podía tomar parte en aquellas luchas. Los mismos reyes bajaron al circo. Durante la Edad media fué el espectáculo favorito de la c rte y el ejercicio predilecto de los guerreros, no solo entre cristianos, s  que tambien entre los moros; unos y otros rivalizaban en la arena como en el campo de batalla. Isabel la Católica quiso prohibir las corridas de toros, porque una que había presen-

ciado le causó inmenso horror; pero los numerosos y elevados partidarios de ese espectáculo le hicieron abandonar el proyecto. Despues del reinado de Isabel, las corridas tomaron mucho incremento. El mismo Cárlos V mató con su propia mano un toro en la plaza de Valladolid; Fernando Pizarro, el célebre conquistador del Perú, era un arrogante *torero*; el rey Don Sebastian de Portugal conquistó muchos laureles en el redondel; Felipe III hizo embellecer la plaza de Madrid; Felipe IV luchó en ella; Cárlos II fué gran protector de la tauromaquia; bajo el reinado de Felipe V se construyeron muchos circos por órden del gobierno. Pero el honor de torear ha correspondido siempre á la nobleza; solo se toreaba á caballo, y con hermosísimos caballos, sin que se derramara más sangre que la del toro. Hacia la mitad del último siglo fué cuando el espectáculo del toreo se extendió al pueblo, apareciendo los *toreros* propiamente dichos, artistas de profesion que combatían á pié y á caballo. Desde entonces el espectáculo se hizo nacional y el pueblo acudió á él con entusiasmo. El rey Cárlos III lo prohibió; pero su prohibición no hizo más que cambiar el entusiasmo popular, como dice un cronista español, en una *aficion epidémica*. Fernando VII, apasionado por los toros, instituyó una escuela de tauromaquia en Sevilla; Isabel II fué más entusiasta que Fernando VII, y Amadeo *primero*, segun se dice, no lo fué menos que Isabel. Al presente el *toro* se halla en España más floreciente que nunca; hay más de cien propietarios que crían toros para los espectáculos; Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia,

Jerez, Puerto de Santa María, tienen plazas de primer órden. Existen más de cincuenta pequeñas, capaces para contener de tres á nueve mil espectadores. En los pueblos donde no la hay, se verifica la corrida en la plaza pública. En Madrid se celebran todos los domingos; en los demás puntos con tanta frecuencia como pueden, y en todas partes atraen un inmenso concurso de gente de los pueblos vecinos, caseríos, campos, montañas, islas y hasta del extranjero. No todos los españoles, á decir verdad, se vuelven locos por esta diversion: muchos no asisten jamás á ella, y otros muchos, no solo la desaprueban y condenan, sino que quisieran verla desterrada de España. Algun periodista lanza de vez en cuando un grito de protesta; algun diputado, al día siguiente de la muerte de un torero, habla de interpelar al gobierno; pero todos son enemigos débiles y tímidos. Al contrario, se escriben apologías de las corridas de toros, se construyen nuevos circos, se renuevan los antiguos y se hace burla de los extranjeros que declaman contra la barbarie española.

Las corridas de toros no se celebran solo en verano; pero fuera de esta estacion el espectáculo no es el mismo. Durante el invierno en la plaza de Madrid hay funcion todos los domingos: no son los fogosos toros del verano, ni los grandes artistas que toda España admira; son toros pequeños, de poco coraje, y toreros inexpertos. Siempre, con todo, es un corrida, y aunque á ella no acudan ni el rey ni la alta sociedad, no por ello queda la plaza vacía. Se vierte poca sangre, solo se matan dos toros y ter-

mina el espectáculo con fuegos artificiales; es una diversion, como dicen con desprecio los taurófilos apasionados, propia de criadas y chiquillos. Pero esos espectáculos de invierno ofrecen un episodio sumamente divertido. Cuando los toreros han despachado á los *toros de muerte*, la arena queda á disposicion de los *dilettanti*; de todas partes salta gente á la arena y en un minuto se encuentra en ella un centenar de toreros, estudiantes y pilletes, los cuales, éste con una capa, aquel con un tapabocas y el de más allá con un trapo cualquiera, se colocan á derecha é izquierda del toril. La puerta se abre, un toro con los cuernos embolados se lanza á la pista y entonces comienza un tumulto indescriptible. La muchedumbre rodea al toro, le persigue, le tira de acá y de allá, le *capea*, con las mantas y tapabocas, le provoca y atormenta de mil maneras, hasta que no pudiendo más el pobre animal, se le retira de la arena, saliendo otro en su lugar. Increíble parece la audacia con que los pilletes se lanzan sobre el toro, le tiran de la cola y le saltan encima, y la maestría inexplicable con que evitan los golpes de la bestia. Alguna vez el toro, volviéndose de improviso coge á alguno, lo derriba, lo arroja en alto levantándolo con los cuernos; á veces tambien, de una sola arremetida, ruedan por el santo suelo media docena de aficionados y entonces hombres y bicho desaparecen envueltos en densa nube de polvo, y el espectador cree por un instante que alguno ha sido muerto. ¡Pero no hay peligro! Los valientes *capeadores* se levantan con los huesos molidos y la cara cubierta de polvo, se sacuden y vuelven al ejercicio.

Mas no es éste el más bonito episodio de los espectáculos de invierno. Algunas veces, en lugar de *toreros*, son *toreras* las que luchan con el toro; mujeres, vestidas como bailarinas callejeras; figuras ante las cuales no los ángeles, sino el mismo Lucifer "De sus alas haría una pantalla."—Las *picadoras* van montadas en asnos; LA *espada* (la que yo ví era una vieja de sesenta años, llamada la *Martina*, asturiana), la *espada* á pié, con el arma y la *muleta*, lo mismo que el más intrépido matador del sexo feo; y toda la cuadrilla, acompañada de un cortejo de *cbulos* con grandes pelucas y sendas gibas. ¡Por cuarenta pesetas esas desdichadas arriesgan la vida! Un toro, cierto día que asistí á ese espectáculo, rompió un brazo á una *banderillera* y destrozó la ropa de otra, si bien la dejó en mitad del circo con lo necesario para no quedar al descubierto lo que necesariamente debe estar siempre tapado.

Después de las mujeres, las bestias feroces. En distintas épocas se ha hecho luchar el toro con leones y tigres; una de esas luchas tuvo lugar en Madrid no hace muchos años. Notable fué la que el conde-duque de Olivares hizo verificar, si mal no recuerdo, para celebrar los días de don Baltasar Carlos de Austria, príncipe de Asturias. El toro luchó con un leon, un tigre, un leopardo y los venció á todos. En combates recientes, el tigre y el leon llevaron tambien la peor parte: uno y otro se arrojaron impetuosamente sobre el toro; pero antes de llegar á él para hacer presa, fueron traspasados por los terribles cuernos del bicho, cayendo en tierra bañados en un mar de san-

gre. Solo un elefante, un elefante enorme que vive todavía en los jardines del Retiro, alcanzó la victoria. Le atacó el toro, pero el elefante no hizo más que envolverle la trompa al espinazo y apretar: la presión fué tal, que el incauto combatiente quedó ahogado. Fácil es imaginar, por consiguiente, cuánta destreza necesita el hombre y cuánto valor y fuerza de espíritu imperturbable, para desafiar con una espada á un animal que mata al león, ataca al elefante y desgarrá, rompe, destruye, ensangrienta cuanto toca. ¡Y hay hombres que le desafían todos los días!

No se crea que los toreros no son artistas como alguien supondrá, que se pueden confundir con los saltimbanquis, y por los cuales el pueblo no sienta otra cosa que admiración. El torero es respetado fuera de la plaza; goza la protección de los jóvenes de la aristocracia; va al teatro á palco, frecuenta los cafés más elegantes y le saludan atentamente por la calle las personas de calidad. Los espadas ilustres, como *Fras-cuelo*, *Lagartijo* y *Cayetano*, ganan la bicoca de algunas decenas de miles de pesetas al año, tienen casa propia y hoteles, visten con lujo, gastan un dineral en sus trajes, cubiertos de oro y plata, viajan como príncipes y fuman cigarros de la Habana. Su traje, fuera de la plaza, es sumamente curioso: un sombrero redondo de terciopelo negro, una ajustada chaqueta desabrochada que no les llega hasta el pantalón; un chaleco abierto hasta el ombligo que deja ver una camisa blanca y sumamente fina; nada de corbata; faja de seda de color vivo; pantalones apretados como mallas de bailarina; zapatitos de charol, con adornos

respunteados; su pequeña trenza ó coleta, donde se prende la moña, en la nuca; y botones de oro, cadenas, diamantes, sortijas, una tienda de platería sobre su persona. Muchos tienen caballo de montar, algunos, coche, y cuando no matan, se pasean siempre por el Prado, la *Puerta del Sol*, los jardines de *Recoletos*, con su mujer ó su querida, espléndidamente vestidas y orgullosas de sus amantes. Sus nombres, sus fisonomías, sus aventuras, todo lo conoce el pueblo mejor que los nombres y las aventuras de los ministros del Estado. *Toreros* en las comedias, *toreros* en los cuadros, *toreros* en los escaparates de los vendedores de estampas; estatuas que representan *toreros*, abanicos con retratos de *toreros*, pañuelos con efigies de *toreros*; se les ve, se les entrevé y se les vuelve á ver por todas partes. El oficio de torero es el más lucrativo y honroso á que puede aspirar un hijo del pueblo. Muchos lo siguen, con efecto, pero pocos sobresalen; en su mayor parte sólo llegan á medianos *capeadores*, pocos logran ser *banderilleros* hábiles, y mucho menos todavía *picadores* de fama. Únicamente por raro privilegio de la naturaleza y de la suerte se llega á ser un buen *espada*; es necesario venir al mundo con ese destino. Se nace *espada* como se nace poeta. Son pocos los que han sido muertos por el toro, tan pocos, que se pueden contar con los dedos; pero en cambio son numerosos los estropeados, los mutilados, los que han quedado inútiles para torear. Y se les ve por la ciudad apoyados en bastones ó muletas, éste sin un brazo, aquél sin una pierna. El famoso *Tato*, que fué el mejor de los toreros contemporáneos, perdió una

pierna; durante los pocos meses que permanecí en España, un *banderillero* fué medio muerto en Sevilla, un *picador* herido gravemente en Madrid, *Lagartijo* mal parado, y tres *capeadores* aficionados, muertos en un pueblo. Apenas habrá un torero que no haya regado la arena con su sangre.

Antes de salir de Madrid, quise hablar con el célebre Frascuelo, el príncipe de los matadores, el ídolo del pueblo madrileño, la gloria del arte. Un genovés, capitán de buque, que le conocía, se encargó de la presentación; fijamos día y nos encontramos en el café Imperial de la Puerta del Sol. ¡Me río ahora al recordar la emoción que experimenté cuando ví al diestro aparecer á lo léjos y dirigirse hácia nosotros! Iba vestido con mucho lujo, cargado de dijes y resplandeciente como un general en día de gala. Atravesó el café, mil cabezas se volvieron, mil miradas se fijaron en él, en mí, en mi compañero: me sentí palidecer...

—El Sr. Salvador Sanchez. (Frascuelo es su apodo).

Y despues, presentándome á Frascuelo:

—El señor de tal vuestro admirador:

El ilustre matador se inclinó, saludéle yo, nos sentamos y empezamos á hablar. ¡Que hombre más singular! Al oírle nadie le creería capaz de traspasar una mosca con un alfiler. Es un jóven de veinticinco años, de estatura regular, delgado, moreno, guapo, de mirada penetrante y sonrisa de hombre distraído. Preguntéle mil cosas referentes al arte y á su vida; me contestaba con monosílabos y era necesario arran-

carle una á una las palabras de la boca, á fuerza de preguntas. Respondía á los elogios mirando modestamente la punta de sus piés. Preguntéle si había sido herido alguna vez. Tocóse una rodilla, una pierna, el pecho y la espalda, y díjome:

—Aquí, y luego aquí, y más tarde aquí, y no hace mucho aquí,—y se sonreía con la sencillez de un niño.

Me escribió la direccion de su casa, rogándome que fuera á verle, me ofreció un cigarro y se marchó. Tres días despues, en la corrida, me hallaba sentado junto á la barrera; pasó por delante de mí recogiendo los cigarros que le habían tirado los espectadores. Yo le tiré un cigarro de Milan, de esos que tienen una paja dentro; tomólo, lo miró, sonrióse y buscó quién se lo había tirado. Yo le hice una seña, me vió y exclamó:

¡Ab! ¡El italiano!

Me parece que le estoy viendo: llevaba un traje gris cubierto de oro y tenía una mano manchada de sangre...

¡Pero venga en resúmen, un juicio final sobre las corridas de toros!—exclamarán mis lectores.—¿Son una cosa bárbara, indigna de un pueblo civilizado? ¿Es un espectáculo que endurece el corazón?—¡Decídlo sin ambages!—¿Sin ambages?—Yo no quiero, contestando negativamente, atraer sobre mi cabeza un diluvio de invectivas; ni quiero tampoco, al responder afirmativamente, poner en manos de nadie el látigo con que haya de ser yo fustigado; pero debo confesar que fuí á los toros todos los domingos. He



narrado y descrito; el lector, por tanto, conoce el espectáculo como yo: que él sea juez, y déjeme á mí tranquilo sin decir: "esta boca es mía."

LA PROCESION DEL «2 DE MAYO DE 1808»

Presencié en Madrid la famosa ceremonia fúnebre que se celebra todos los años el día 2 de Mayo, en honor de los españoles que murieron combatiendo y de los que fueron fusilados por los soldados franceses, hace sesenta y cinco años, en esa espantosa jornada que llenó de horror á Europa, y que hizo estallar la guerra de la Independencia. Al rayar el alba se hacen salvas, y en todas las parroquias de Madrid y ante un altar levantado junto al monumento fúnebre, se rezan misas por el alma de los que murieron por la patria.

La ceremonia consiste en una procesion cívica solemne que por lo regular sale de las proximidades del palacio real: la comitiva oye un sermón en la iglesia de San Isidro, donde reposan, desde 1840, los restos de las víctimas, y se dirige despues al monumento para oír misa. En las calles que ha de seguir la procesion, se hallan formados en parada batallones de voluntarios, regimientos de infantería, escuadrones de coraceros, guardias civiles de á pié, artillería y cadetes. Por todas partes resuenan cornetas, tambores y músicas militares; vese á lo léjos, por entre la muchedumbre, un continuo vaiven de sombreros de

generales, plumas de ayudantes, banderas, espadas; los coches del Senado y del Congreso, grandes como carros triunfales dorados hasta las ruedas, adornados de terciopelos y sedas, sobrecargados de franjas y borlas y tirados por soberbios caballos con penachos. Las ventanas de todas las casas están adornadas con colgaduras y flores; todo el pueblo de Madrid se halla en movimiento. En la calle de Alcalá ví pasar la procesion. Iban primero los cazadores de la milicia ciudadana, á caballo; despues los alumnos de todos los colegios, de todos los asilos, de todos los hospicios de Madrid, dos á dos: había millares de ellos; despues los inválidos del ejército, unos con muletas, otros con la cabeza vendada, otros sostenidos por sus compañeros y otros decrépitos, casi llevados en andas; soldados, generales con uniformes de antaño, cubierto el pecho de condecoraciones y cintas, largas espadas y sombreros con plumas; despues una muchedumbre de oficiales de todos los cuerpos, relucientes de oro y plata y vestidos de mil colores; detrás los altos funcionarios del Estado, los diputados provinciales, los diputados á Córtes, los Senadores, los maceros del municipio y de las Cámaras con anchas dalmáticas de terciopelo y broches de plata y oro, todos los empleados del municipio, todos los alcaldes de Madrid, vestidos de negro, con sus medallas al cuello; por último el rey, en traje de general, á pié, acompañado del primer alcalde, del capitán general del distrito, de generales, ministros, diputados, oficiales de órdenes, ayudantes, todos con la cabeza descubierta. Cerraban la procesion los cien guardias